

LA ABEJA EN LA COLMENA

*¡Oh, [...]!, en tu grandeza, en tu hermosura,
huyó lo que era firme, y solamente
lo fugitivo permanece y dura.*

FRANCISCO DE QUEVEDO.



Esvón Gamaliel,
Fotografía de Jorge Ortega.

ESVÓN GAMALIEL

Sentida evocación de un místico hacedor de teatro

POR VÍCTOR NAVA MARÍN

LLEGÓ DE COLORINES, México, a principios de los setenta, no sé si con la idea de dedicarse definitiva y plenamente al teatro. Lo que sí sé es que luego de aquella su primera experiencia teatral, en la que juntos actuamos en la obra *Justicia y farsa del corregidor*,¹ montada en el Seguro Social por José Trinidad Aguilar, habría de quedar atrapado, como nos ocurrió a muchos de nosotros, por la magia del teatro. Aunque en el caso de Esvón, no sólo quedó atrapado, sino que hizo del quehacer teatral una profesión de fe a la que se consagró con verdadero misticismo, logrando estimular e inducir a muchos nuevos teatristas (algunos de ellos ahora ya con sus propias propuestas), que vieron en él al ejemplar actor, entusiasta y entregado; al inquieto y cada vez más osado director escénico, consecuente con un compromiso estético teatral acorde a las circunstancias artísticas y sociales del momento y a las exigencias teórico técnicas autoimpuestas. (Prueba de ello, sus audaces y provocativas puestas en escena).

Por demás, sobra decir que fue un verdadero intelectual, un intelectual sin comillas que se alimentó artística, vital y culturalmente de todo lo que le hizo entender y acercarse al ser humano.

De teatro, de pintura, de cine, de literatura, de todo se podía hablar con él, uno siempre en desventaja, claro, ya que bastante enterado estaba de las cosas que le

1 Quién iba a pensar que luego de aquella escena en la que ambos interactuamos, y en la cual, por un exacerbado nerviosismo, se quedó temblorosamente mudo (lo que discutimos amenamente al finalizar la obra), llegaría a ser la autoridad teatral que fue, no sólo de la UAEM sino del Estado de México, logrando valioso y creciente reconocimiento de destacadas personalidades del teatro y de instituciones educativas y culturales del país.

incumbían o le interesaban. Y aunque nunca mostraba su superioridad de conocimiento de este o algún otro tema, la verdad es que uno siempre aprendía algo de él, porque siempre estaba dispuesto a aprender con uno, aun de cosas aparentemente banales.

Con la aguda percepción de las cosas que lo caracterizó, siempre estaba ahí, solidario con los importantes actos culturales, o bien, haciéndose discretamente presente en alguna actividad oficialista, donde, divertido, encontraba motivos para una callada mofa, para una discreta crítica ante esta o aquella actitud de ufanos funcionarios, preocupados más por su imagen que por un verdadero interés cultural o humano, o bien, para confirmar la sublime inopia con que actúan éstos disimuladamente o sin darse cuenta.

Cabe decir, por otra parte, que su gran empresa intelectual rebasa lo propiamente teatral —de suyo, un verdadero acto de amor artístico y humano—, y que por fortuna encontró afinidades y reconocimiento entre otras gentes también sensibles, con quienes colaboró, conjuntando fructíferamente sus conceptos artísticos. Una de esas gentes es Gerardo Lara, destacado cineasta toluqueño, con quien colaboró entusiasta y aportadoramente en sus celebradas cintas (*El sheik del Calvario*, *Diamante*, *Lilí* y *Un año perdido*), que son testimonio fiel de una preocupación mutua por reflejar personajes en situaciones extremas, sin concesiones ni afeites de ningún tipo, haciendo de la cámara y la composición escénica un medio de aproximación a la condición humana.

Pero también, y esto habría que celebrarlo de una manera muy particular, no debemos olvidar al Esvón dramaturgo (en cuyas obras se advierte una nueva inquietud con el teatro) ni al sensible narrador poeta que se proyecta tras las líneas que conforman los dos cuentos que dejó casi terminados y que entregó a *La Colmena*, para su posible publicación, cosa que felizmente viene a ser posible en este número, en el que se muestra esta otra faceta del insustituible hacedor de teatro, cuya mística y amor a su profesión lo llevó a concebir asimismo una conjura de la desmemoria teatral (*Para conjurar la desmemoria: ... más de tres décadas de teatro en la Universidad Autónoma del Estado de México*, México, UAEM, 2001), que testimonia la contribución de quienes —desde 1961 hasta 1996, en que se enmarca dicho trabajo de investigación— han hecho posible, dignificándolo, el movimiento teatral universitario, en el que, por cierto, la figura de Esvón fue, *es y será* fundamental.

Enorme es la deuda y no menor el compromiso que deja al gremio teatral este amante del teatro quien, para llegar al cielo, pasó lúcidamente, como los poetas malditos, por el infierno, dejando huella de su ardorosa capacidad creativa y alta calidad humana. LC